

3.ª EPÍSTOLA DE JUAN

La tercera epístola alienta al creyente a ejercer la hospitalidad, ya sea con los hermanos conocidos o con los extraños, así como disponer benevolentemente los preparativos necesarios que les permitan proseguir el viaje, sin esperar ninguna compensación a cambio, y siempre y cuando hubieran traído la verdad. Al parecer, Gayo los recibió y les fue bien a ambas partes, tanto en su casa como en el viaje. Diótrefes, por el contrario, no amaba a los extranjeros, que se desplazaban, dice, sin una misión formal y ningún medio visible de subsistencia. Habían salido por amor del Señor sin recibir nada de los gentiles. Si en realidad lo hacían por amor a este nombre, uno actuaba bien al recibirlos.

Una vez más, el apóstol insiste en la verdad como característica del amor verdadero: «... a quien amo en la verdad», dice a Gayo. Se regocijaba cuando los hermanos —a los que, imagino, Gayo recibió en casa y ayudó en sus periplos— testificaban de la verdad que había en este discípulo, pues de hecho andaba en ella. El apóstol no tenía mayor gozo que escuchar que sus hijos caminaban así de bien. Al recibir a los que salían a predicar la verdad, ayudaban a difundirla con su compañerismo en la obra. Diótrefes no tenía ninguna implicación, dado que no solo se negaba a recibir a estos predicadores itinerantes, sino que excomulgaba a quienes los recibían. Reclamaba la autoridad para sí mismo. El apóstol retendría esto en la memoria. Era el deber de todos hacer el bien.

Juan se aventura a ir más lejos en lo que respecta a la verdad, y dice que esta cumplía su testimonio en Demetrio. Supongo que la propagaba, establecía y confirmaba en todos lugares, al menos donde había dejado realizada su labor, y de este modo constituía un testimonio con respecto a sí mismo.

Esta insistencia en la verdad, como una prueba de los últimos tiempos, es muy notable. También este itinerario de personas que no tomaron nada de los gentiles cuando salieron a predicar, dejándole a Dios la decisión de que los recibieran quienes albergaban la verdad en el corazón, ya que eso era el único pasaporte entre cristianos y el medio por el que el apóstol podría proteger a los fieles. Parece que pertenecían a la raza judía, porque dice que no tomaban nada de los gentiles, de ahí la distinción. Hago aquí un apunte porque, si es así, el tono de la expresión «... y no solo por nuestros pecados...» (1Jn 2:2) es fácil de entender y tiene bastante importancia, lo cual no todos pueden decir. El apóstol, igual que Pablo, establece la diferencia con *nosotros*, los judíos, aunque formaran una unidad en Cristo. También observamos que se dirigía a la asamblea, no a Diótrefes, su cabeza, y era este líder quien, amante de la notoriedad, resistía las palabras de Juan, lo que la asamblea por lo visto no estaba dispuesta a tolerar.

Gayo perseveró en su piadosa carrera pese a la autoridad eclesiástica que, aparte de su pretendido derecho, Diótrefes ejercía negándoles a las personas su sitio en la asamblea.

Cuando el apóstol llegara a ellos, ejercería (como Pablo) su poder de verdad. No tenía autoridad eclesiástica para remediar estas cosas por medio de un mandato. Las epístolas son muy elocuentes al respecto. Con relación a los que predicaban, el único medio que el apóstol tenía, incluso en el caso de una mujer, era llamar su atención sobre la verdad. La autoridad del predicador estribaba en la verdad; su competencia era otra cosa. El apóstol no sabía de ninguna autoridad que sancionara su misión, o cuya ausencia pudiera demostrar si era falsa y estaba desautorizada. Toda la cuestión de ser recibidos radicaba en la doctrina que traían. No había otra manera de juzgar la autoridad de su cometido, porque de existir, esta autoridad habría salido de él y habría podido exigirles pruebas de su comisión. No conocía otras. ¿Que no traían la verdad? No los saludéis. Si la traían, haréis bien en recibirlos, a pesar de todos los Diótrefes del mundo.